

LO ESCATOLÓGICO EN *MESA, SOBREMESA,* *LOS SANTOS INOCENTES Y CRÓNICA DE UNA MUERTE* ANUNCIADA¹

Emilio NÁÑEZ FERNÁNDEZ
Universidad Autónoma de Madrid

Preámbulo

No deja de ser sorprendente el hecho de que en el breve espacio de unos meses —pura casualidad, tal vez— aparecieran estas importantísimas obras en cuyas páginas es tratado lo escatológico, lo excrementicio, con no poca extensión, y un significado e intención sugerentes.

Si bien en la literatura de creación es un tema que no escasea², la crítica, por el contrario, ha pasado sobre él como sobre ascuas, debido posiblemente a motivos de pudibundez y remilgos sociales que han soslayado toda interpretación.

Adelantemos que el tema escatológico en *Los santos inocentes* corresponde a un planteamiento más primario, como puro desahogo animal de un «inocente», que «obra» en estado natural, si bien su acción final alcanza el significado de símbolo vindicativo³.

En *Crónica de una muerte anunciada* lo escatológico aparece ligado a lo trágico como excrescencia de lo humano aferrado al mito, al fatum grecolatino y, al mismo tiempo, al mektub, el estaba escrito del mundo musulmán, como expresión de un ejercicio literario.

Y, finalmente, en *Mesa, sobremesa*, Alonso Zamora Vicente nos muestra lo escatológico como desbordamiento de la náusea social, como bubón parásito de una sociedad hipócrita y corrompida.

1 Alonso Zamora Vicente, *Mesa, sobremesa*. Editorial Magisterio Español, S. A. Madrid, 1980; Miguel Delibes, *Los santos inocentes*. Planeta. Barcelona (2ª ed.), 1981; Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*. Bruguera (3ª ed.). Barcelona, 1981. Citamos por las ediciones indicadas.

2 Recordemos algunas obras señeras: en el *Poema de Mio Cid*, el episodio en que se escapó el león. Cantar III, v. 2278-2291. En la *Divina Comedia*, Infierno, Canto XVIII, Círculo VIII, v. 112-117, con Introducción, traducción en verso y notas de Ángel Crespo. Planeta. Barcelona, 1983: «... he contemplado / gente hundida en estiércol: se diría / en letrinas humanas cosechado. / Mientras mi vista el fondo recorría, / vi a uno con tanta mierda en la cabeza / que ni laico ni fraile parecía». En el *Quijote*, en la aventura de los batanes, en el *Buscón*, etc.

3 Como arranque del tema, es significativo el artículo de Emili Bayo, «Animalidad y Justicia. (Apuntes para una lectura de *Los santos inocentes*)». SCRIPTURA, nº 5, 1989, 89-97.

1. En *Los santos inocentes* el personaje de Azarías es un personaje central, el más importante de todos los «inocentes» y, hasta cierto punto, contradictorio en su proceder, que da la impresión de que, a veces, se le hubiera ido de la mano a Delibes. Así, curiosamente, el Azarías hace su presentación en la obra, nada más comenzar la andadura de ésta, con una *reflexión* dirigida a su hermana la Régula. Frente a la loable aspiración de la Régula de que sus hijos se ilustren, el Azarías la hace bajar de ese sueño y poner los pies en tierra: al Azarías «se le antojaba un error, que, *luego no te sirven ni para finos ni para bastos*, pontificaba con su tono de voz brumoso...» (pág. 9). De una parte, el empleo del término *pontificaba* y, de otra, la indiferencia de los habitantes de la casa señorial acerca de si los muchachos sabían leer o escribir, muestran al Azarías más cerca de la realidad ambiente en estos comienzos de la obra que su hermana. Si en estos momentos y sólo por este detalle tuviéramos que definir la personalidad del Azarías sin duda el juicio sería muy distinto del que hacemos al final, y no lo juzgaríamos tan falto de seso, a no ser que lo sopesáramos con esa frase que repite obsesivamente: *milana bonita, milana bonita*, o la comparación, repetida como una fijación, que hace de su edad con la del señorito. En la descripción de las idas y venidas del Azarías, en la página 11, se afirma que era habitual, al acabar otras actividades, que fuera «a regar los geranios y el sauce» (pág. 11) que puede tomarse en sentido real o, más bien, figurado, como anticipo de lo que vendrá más tarde, así como el entretenimiento de los señoritos disparando a las águilas o las cornejas mientras la milana permanecía amarrada en lo alto del cancho, sirviendo de reclamo o señuelo para atraer otras aves. De ahí que al oír los estampidos «se estremecía y cerraba los ojos y, al abrirlos de nuevo, miraba hacia el búho y, al verle indemne, erguido y desafiante... se sentía orgulloso de él...», y aliviado por lo que adivinaba de peligroso que tenía aquel ejercicio. La identificación del hombre con el animal tiene lugar con el «uuuuuh» de llamada del Azarías y el «uuuuuh» con que le contestaba el búho.

Otra de las acciones que repite una y otra vez, como una manía, es la de orinarse las manos, que el autor del artículo citado, Emili Bayo, no entiende y la juzga de «extraña esperanza de que no se le agrieten», cuando, en realidad, ha sido una práctica muy corriente hasta hace no mucho entre la gente del campo, cosa que tenían como remedio infalible.

El Azarías repite sus actos «un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, toda una vida», con la reiteración aburrida y mecánica con que se producen los hechos sujetos a las leyes de la naturaleza, hasta que de pronto un día «se despertaba flojo y como desfibrado, como si durante la noche alguien le hubiera sacado el esqueleto», y esos días no hacía nada, absolutamente nada, y si alguien le preguntaba qué le pasaba, respondía: «ando con la perezosa», y «dejaba pasar las horas muertas» «hasta que sobrevenía el apretón y daba de vientre...» Así, de esta forma se introduce en el relato la acción de evacuar el vientre (pág. 16), como un acto propio de los seres vivos que se impone a los actos siempre iguales de la materia inerte. Sin embargo, lo que hace que el suceso narrado adquiera un significado especial escatológicamente hablando son las puntualizaciones: «... daba de vientre *orilla del madroño o en la oscura grieta de algún canchal y, según se desahogaba iban volviéndole paulatinamente las energías...*» (pág. 16). Y de nuevo recomienza la repetición mecánica de las acciones, hasta que un día muere la milana, y la Niña Chica, su lisiada sobrina, pasa a ocupar el puesto de aquella en la atención del Azarías; todo ello en un relato patético.

Esta repetición de hechos consagrada en fórmulas idénticas o cuasi idénticas recuerdan, aunque de manera muy lejana, el estilo que podríamos llamar bíblico. Por otra parte, las primeras formulaciones, que suelen referirse a hechos menos importantes o decisivos, vienen a ser como presagios o anticipaciones de otros más trascendentes, por ejemplo, la negación del señorito a atender la petición del Azarías para intentar curar a la milana siembra en el inocente

una oculta animadversión contra el señorito que se desatará cuando mate la segunda milana; también es como un anticipo del egoísmo del señorito puesto de manifiesto con motivo del accidente de Paco.

Mediante estos recursos el relato se entreteje fuertemente. Así, el hecho de orinarse las manos el Azarías, contado como algo habitual o sin importancia (págs. 15 y 65) y sabido produce otras consecuencias cuando se entera el señorito y lo aleja de su lado: «... es cierto que le despedí, tú me dirás, un tipo que se orina las manos, yo no puedo comerme una pitorra que él haya desplumado, ¿te das cuenta?, ¡con las manos meadas!, eso es una cochinateda y, dime tú, si no me pela las pitorras ¿qué servicio me hace en el Cortijo un carcamal como él que no tiene nada de aquí?, y se señalaba la frente...» (pág. 66). El señorito insiste: «... buenos están los tiempos para acoger de caridad a un anormal que se hace todo por los rincones, y, por si fuera poco, se orina las manos antes de pelarme las pitorras, una repugnancia, eso es lo que es...» (pág. 67). Y el señorito continúa instruyendo el memorial de defectos del Azarías: «...blasfema y quita los taponés a las ruedas de los coches de mis amigos...» (pág. 68). En fin, «bien mirado, el Azarías era un engorro...» (pág. 68), que molestaba de día y de noche, e incluso su manera de vestir, «el pantalón por las corvas» (pág. 68), era objeto de la rechifla de todos, si bien, él, a su manera, quería ser útil: «...rascaba los aseladeros...» (pág. 69), y, «al concluir tomaba una herrada en cada mano y decía, me voy por abono para las flores...» (pág. 69) y, de este modo, lo excrementicio vuelve a hacer acto de presencia en el texto: «... se ponía a caminar parsimoniosamente tras el rebaño, agachándose y recogiendo cagarrutas recientes hasta que colmaba las herradas y, una vez llenas, retornaba al Cortijo...» (pág. 69), dando lugar a todo tipo de apostillas y comentarios: «... ya vino el Azarías con el abono de los geranios... mete más mierda en el Cortijo que la que saca...» (pág. 69); «... tú te verás cuando venga la Señora...» (pág. 70). Pero el Azarías había tomado aquella ocupación como una verdadera obligación o manía, «y, mañana tras mañana, volvía de los encinares con dos cubos cargados de cagarrutas, de tal forma que, al cabo de unas semanas, las flores de los arriates emergían de unos cónicos montículos de escíbalos, negros como pequeños volcanes...» (pág. 70), de modo que los jardines tenían abono de más...» (pág. 70), y hubo que buscarle otro quehacer al Azarías.

Al mismo tiempo el Azarías sigue siendo el objeto de las bromas de todos, pasea o duerme a la Niña Chica, y cada día que pasa se pone más de manifiesto su desidia y suciedad. Su hermana le increpa: «¿qué tiempo hace que no te lavas?» (pág. 72); a lo que responde que eso es cosa de señoritos. Su hermana le llama marrano y «el Azarías, sin decir palabra, mostró sus manos de un lado y de otro, con la mugre acumulada en las arrugas, y, finalmente dijo humildemente, a modo de explicación, me las orino cada mañana para que no me se agrieten» (pág. 72), contestación que pone fuera de sí a la Régula: «semejante puerco ¿no ves que estás criando miseria y se la pegas a la criatura?» (pág. 72); «pero el Azarías la miraba desconcertado, con sus amarillas pupilas implorantes (signo de animalidad similar a la mirada del búho), la cabeza gacha, gruñendo cadenciosamente, como un cachorro, mascando salivilla con las encías, y su inocencia y sumisión desarmaron a su hermana, haragán, más que haragán, tendré que ocuparme de ti como si fueras otra criatura» (pág. 73).

La extensa cita pone de manifiesto, con las mismas palabras del autor, y sus comparaciones, el ínfimo nivel en que se mueve la pobre humanidad del Azarías, incapaz, por sí mismo, de tener la menor iniciativa, como se deduce del episodio de las camisetas que le compra su hermana para que se mude y, en lugar de irse poniendo las limpias a medida que las fuera ensuciando, él se las pone las tres, una encima de la otras, causando el enfado de la Régula y la pesadumbre de Paco, el Bajo: «es aún peor que la Niña Chica» (pág. 74), con lo que queda claro que el Azarías es el más inocente de todos los inocentes.

Pero lo peor estaba todavía por venir: con el paso del tiempo, el Azarías dio en sufrir alucinaciones, con lo que la rechifla de todos fue a más. Pero aún peor y lo más grave para Paco, el Bajo, llegó con los «desahogos del Azarías, puesto que a cualquier hora del día o de la noche, su cuñado abandonaba la casa, buscaba un rincón, bien orilla de la tapia, o en los arriates, o en el cenador o junto al sauce, se bajaba los calzones, se acuclillaba, y lo hacía, así que Paco, el Bajo, cada mañana, antes del recorrido, salía al patio como un enterrador, la azada al hombro y trataba de borrar sus huellas... y se lamentaba, este hombre debe tener las canillas flojas,... y cada lunes y cada martes, aparecía en el Cortijo un nuevo evacuatorio y Paco, el Bajo, venga, dale, con la azada, a cubrirlo, pero pese a sus esfuerzos, cada vez que salía de casa y ahuecaba los agujeros de la nariz... le venía la peste y se desesperaba, ¡huele otra vez, Régula, tu hermano no tiene arreglo!,...» (pág. 76).

En efecto, entre el olor que despedían los excrementos de las ovejas con que abonaba el Azarías las flores, y sus propios excrementos esparcidos por todos los rincones de la finca, el Cortijo estaba envuelto en una especie de nube cuyo hedor invadía todos los espacios, especie de reflejo de las distintas descomposiciones morales en que incurrían sus habitantes. Para decirlo en román paladino, el olor a mierda hacía el aire irrespirable como si fuera un círculo dantesco.

La situación mejoró con la petición del Azarías a su cuñado para que lo llevara a la sierra a correr el cárabo, otra de las manías de aquel. Paco, el Bajo, vio la salida de aquella situación a que había conducido la flojedad de vientre de su cuñado: «y si te arrimo a la sierra a correr el cárabo, ¿lo harás en el monte?, ¿no volverás a ensuciarte en la corrala?» (pág. 77).

Y así, tras correr el cárabo, el Azarías «se alejaba unos metros, se doblaba junto a un tamujo y descargaba...» (pág. 78).

Un buen día, Rogelio, un hijo de Paco, trajo una grajeta en carnutas, y se la entregó a su tío, con lo que vino a llenar el vacío que había dejado la muerte de la primera milana, de modo que el interés por criarla entró en el juego de ir y venir a la sierra para que allí defecara el Azarías: «si no das de vientre, te tengo aquí hasta que amanezca y la milana se muera de hambre» (pág. 81). Ante la amenaza el Azarías se aflojaba los calzones y «se acuclillaba orilla un chaparro y deyectaba, pero antes de concluir, ya estaba en pie...» (pág. 81).

Los cuidados y mimos del Azarías para con la milana dieron sus frutos hasta convertirse en compañeros inseparables. Este amor mutuo y correspondido denuncia el que debería haber existido entre el señorito y Paco, el Bajo, sólo que en este caso la devoción de éste por aquél, y el egoísmo de Iván lo hace de todo punto imposible, y desemboca en el accidente de Paco y en la subsiguiente acción de cegar al palomo que servía de señuelo al habersele olvidado los capirotos. El autor deja patente que «el señorito Iván iba a lo suyo» (pág. 128) llevado por su egolatría.

Imposibilitado Paco, el Bajo, por su doble fractura de pierna, y la desgana del Quirce para sustituirle, el señorito decide hacerse con los servicios del Azarías, para que le sirva de secretario. Tras orinarse las manos, el Azarías se encaramó a una encina para manejar el cimbel del palomo ciego, y lo jugaba como si de una diversión se tratara, lo que exasperaba al señorito, para quien la caza era, posiblemente, lo más serio de su vida. De mal humor por todas esas cosas y, sobre todo, porque no entraban las zuritas, empezó a disparar a todo lo que volaba. Cambiaron varias veces de puesto; antes de trepar al árbol de turno el Azarías se orinaba las manos (pág. 168), y la ira de Iván iba en aumento a medida que se sucedían sus vanos intentos. De pronto «apareció muy alto por encima de sus cabezas, un nutrido bando de grajetas...» (pág. 169). El Azarías «elevó al cielo su rostro transfigurado y gritó haciendo bocina con las manos, ¡¡¡quíá!!!, y, repentinamente, ante el asombro del señorito Iván, una grajeta se desgajó del enorme

bando y picó en vertical, sobre ellos, en vuelo tan vertiginoso y tentador, que el señorito Iván se armó, aculató la escopeta y la tomó los puntos, de arriba abajo..., y el Azarías al verlo, se le deformó la sonrisa, se le crispó el rostro, el pánico asomó a sus ojos y voceó fuera de sí, ¡no tire, señorito, es la milana!... ¡señorito, por sus muertos, no tire!, no pudo reportarse, cubrió al pájaro con el punto de mira, lo adelantó y oprimió el gatillo... y, antes de llegar al suelo, ya corría el Azarías ladera abajo, los ojos desorbitados... ¡es la milana, señorito! ¡me ha matado a la milana!, y el señorito Iván... reía, será imbécil, el pobre... ¡no te preocupes, Azarías, yo te regalaré otra!... pero el Azarías... sostenía el pájaro agonizante entre sus chatas manos, la sangre caliente y espesa escurriéndole entre los dedos, sintiendo, al fondo de aquel cuerpecillo roto, los postreros, espaciados, latidos de su corazón, e, inclinado sobre él, sollozaba mansamente, milana bonita, milana bonita...» (pág. 171).

Mientras el Azarías llora la muerte de la milana, el señorito ríe sin comprender, ajeno a los sentimientos del inocente; todo lo más que se le ocurre es decir: «no te lo tomes así, Azarías, carroña de esa es lo que sobra, a las cuatro volveré a por ti, a ver si pinta mejor la tarde...» Cuando el señorito Iván pasó a recogerle, el Azarías parecía otro, más entero, que ni moqueteaba ni nada, y cargó la jaula con los palomos ciegos, el hacha y el balancín y una sogá doble grueso que la de la mañana... tranquilo, como si nada hubiera ocurrido, que el señorito Iván, reía, (pág. 173), ¿no será esa maroma para mover el balancín, verdad, Azarías...?» (pág. 174).

Bien lejos estaba el señorito Iván de imaginar el papel que iba a desempeñar esa sogá en el inminente trance que iba a tener lugar.

En este punto tenemos que plantearnos en qué medida, dada la idiosincrasia del Azarías y su condición de *inocente*, es verosímil su comportamiento. A nosotros se nos antoja que la reacción del Azarías habría sido más lógica y acorde con su condición si esa reacción se hubiera producido inmediatamente tras la muerte de la milana, de forma irreflexiva. El autor, al presentar la acción en dos tiempos: una primera salida por la mañana, en que tiene lugar la muerte de la milana, y, otra por la tarde, en que el Azarías da muerte al señorito, el autor introduce en la mente del Azarías un designio homicida que no nos parece muy conforme con su tara psíquica, como tampoco nos pareció correcto al comienzo del relato la reconvencción que el Azarías hacía a su hermana Régula acerca de la pretensión que esta tenía de que aprendiesen sus hijos a leer y escribir: «luego no te van a servir ni para finos ni para bastos».

Ambos hechos nos descubren unas luces en la inteligencia del inocente que no aparecen o están veladas a lo largo del resto del libro. Tal vez el autor quiso dar en el primer episodio un asidero para que pudiera servir de explicación o apoyatura del segundo.

También es cierto que si la reacción homicida del Azarías se hubiera desencadenado a continuación de la muerte de la milana, habría resultado, por decirlo de alguna manera, menos estética y más violenta y, posiblemente, sanguinaria, usando el hacha, o la misma escopeta, cosa que tampoco habría quedado mal. Pero tal como se nos narran los hechos, da la impresión de que el Azarías, a partir de la muerte de la milana no hace sino maquinarse su venganza mediante el ahorcamiento del señorito: se provee de una sogá que pueda sostener el peso del cuerpo del señorito, lo que atrae la atención de éste y provoca el disimulo del Azarías, y miente: «para trepar la atalaya es» (pág. 174). Se nos presenta el Azarías como alguien dominado por una idea fija, la de matar al señorito, de ahí que «parecía ausente, la mirada perdida...» (pág. 174). Frente al nerviosismo y prisas del señorito por ponerse a disparar contrasta la cachaza con que se mueve el Azarías: «... el Azarías, tranquilo, apiló los trebejos... depositó la jaula de los palomos ciegos al pie del árbol y trepó tronco arriba, el hacha y la sogá a la cintura, y una vez en el primer camal, se inclinó hacia abajo, hacia el señorito Iván,

¿me alarga la jaula, señorito?

y el señorito Iván alzó el brazo, con la jaula de los palomos en la mano, y, simultáneamente, levantó la cabeza y, al hacerlo, el Azarías le echó al cuello la sogá con el nudo corredizo, a manera de corbata, y tiró del otro extremo, ajustándola, y el señorito Iván, para evitar soltar la jaula y lastimar a los palomos (lo que sin duda es una ironía por parte del autor), trató de zafarse de la cuerda con la mano izquierda, porque aún no comprendía,

¿pero qué demonios pretendes, Azarías? ¿es que no has visto la nube de zuritas sobre los encinares del Pollo, cacho maricón?

y así que el Azarías pasó el cabo de la sogá por el camal de encima de su cabeza y tiró de él con todas sus fuerzas, gruñendo y babeando, el señorito Iván perdió pie, se sintió repentinamente izado, soltó la jaula de las palomas y

¡Dios!... estás loco... tú,

dijo ronca, entrecortadamente, de tal manera que apenas si se le oyó y, en cambio, fue claramente perceptible el áspero estertor que le siguió (pág. 175), como un prolongado ronquido y, casi inmediatamente, el señorito Iván sacó la lengua, una lengua larga, gruesa y cárdena, pero el Azarías ni le miraba, tan sólo sostenía la cuerda... y se frotó una mano con otra y sus labios esbozaron una bobalicona sonrisa... y reía bobamente al cielo, a la nada,

milana bonita, milana bonita,
repetía mecánicamente...» (pág. 176).

Una vez admitido el planteamiento del desenlace como idóneo, los detalles del mismo parecen concordar con el antiguo decoro retórico al elevar al Azarías *inocente*, sucio y excrementicio, a la categoría de símbolo justiciero frente a la tiranía de los poderosos. El Azarías puede ser el prototipo de lo escatológico en su nivel más bajo, de casi pura animalidad, que deyecta sin ningún miramiento allí donde le asalta el deseo de hacerlo, sobre las flores, junto a las tapias o un matorral. En él es una acción plenamente natural que satisface naturalmente, como el otro inocente idéntico a él o un grado inferior, incluso, la Niña Chica. Mas por encima de toda consideración, la animalidad, animalización, cuasi cosificación de los humildes y humillados, la prepotencia de los poderosos, la injusticia social...; por encima de todo prevalece la visión del inocente suspendiendo al señorito⁴ todopoderoso entre tierra y firmamento como un supremo gesto oferente de justicia vindicativa mientras *ríe bobamente al cielo*.

2. *Crónica de una muerte anunciada* es obra escrita sobre la falsilla de la crónica y del mito trágico, si bien tratado de modo irreverente mediante «la hipérbole, que contradice a la crónica y crea un efecto mítico, y la ironía, que destruye específicamente el mito y en un nivel más

4 Véase nuestro artículo: «Cuando una palabra es la clave». *Tigris*, enero-febrero, 1982. En la obra de Delibes aparece 368 veces la palabra señorito: 340 bajo la forma señorito y 28 bajo la forma señorita. La lectura del libro eleva dicha palabra, *señorito*, a la categoría de palabra-símbolo.

amplio aparece como la intencionalidad o actitud engendradora del juego inacabable que impide que el texto llegue a una definición de su esencia»⁵.

Nuestro humilde objetivo es tratar de ver cómo lo escatológico, lo sucio, se inserta en el relato, qué papel y significado tiene, si es que tiene alguno.

Ya a las pocas palabras de comenzada la narración, tal vez, como un anticipo o vislumbre de lo que puede venir después, se nos dice que el protagonista, Santiago Nasar, «al despertar se sintió por completo salpicado de cagada de pájaros» (pág. 9). Con expresión vulgar y corriente se califica a alguien despectivamente y se dice de él que era «un mierda» (pág. 20); se menciona la pestilencia de las aguas (págs. 21-22), los desperdicios y las entrañas de los animales, etc. La descripción de la autopsia alcanza subidos niveles que llega casi al regodeo, así como el ensañamiento de los hermanos Vicario en la comisión del asesinato. La exposición del cuerpo de Santiago Nasar en el centro de la sala donde se hace la autopsia, exhibido a la curiosidad pública, adquiere categoría de impudicia, en medio de un pesado e insoportable calor que solivianta a los perros alborotados por el olor de la muerte, «que lo que quieren es comerse las tripas» (pág. 118). A medida que avanzan los minutos se van haciendo más visibles las señales de la descomposición de lo que fue un cuerpo hermoso: de las heridas manan la sangre y distintos seromas que atraen a las moscas; en el rostro aparecen manchas. «La cara que siempre fue indulgente adquirió una expresión de enemigo, y su madre se la cubrió con un pañuelo» (pág. 119). La autopsia puso al descubierto un cuerpo cruelmente cosido a puñaladas. «El informe concluía que la causa de la muerte fue una hemorragia masiva ocasionada por cualquiera de las siete heridas mayores.» (pág. 122).

Con toda crudeza el narrador expone la falta de pericia del padre Amador, obligado a officiar de médico forense y realizar la autopsia: «La mitad del cráneo había sido destrozada con la trepanación, y el rostro de galán que la muerte había preservado acabó de perder su identidad. Además, el párroco había arrancado de cuajo las vísceras destazadas, pero al final no supo qué hacer con ellas y les impartió una bendición de rabia y las tiró en el balde de la basura. A los últimos curiosos asomados a las ventanas de la escuela se les acabó la curiosidad, el ayudante se desvaneció, y el coronel Lázaro Aponte, que había visto y causado tantas masacres de represión, terminó por ser vegetariano...» (pág. 123) nos dice el narrador con humor negro, hiperbólico y tremendista. Y prosigue: «El cascarón vacío, embutido de trapos y cal viva, y cosido a la machota con bramante basto y agujas de enfardelar... fue puesto en el ataúd» pensando que «así se conservaría por más tiempo...» (pág. 123). Pero «sucedió lo contrario: tuvimos que enterrarlo de prisa al amanecer, porque estaba en tan mal estado que ya no era soportable dentro de la casa» (pág. 124), naturalmente a causa del pestilente hedor que desprendía.

La ferocidad con que se produce la muerte de Santiago Nasar, el descuartizamiento de su cuerpo y el hedor y fetidez que lo envuelven hacen de su descripción una de las páginas más importantes de lo sucio y desagradable de la época. En efecto, todo ha quedado impregnado del olor del muerto paralizando todos los resortes de la vida, incluso el estímulo sexual. El narrador se acuesta con María Alejandrina Cervantes: «No puedo —dijo—: hueles a él». Y prosigue: «No sólo yo. Todo siguió oliendo a Santiago Nasar aquel día. Los hermanos Vicario lo sintieron en el calabozo donde los encerró el alcalde mientras se le ocurría qué hacer con ellos. «Por más que me restregaba con jabón y estropajo no podía quitarme el olor», me dijo Pedro Vicario» (pág. 126).

5 Myrna Solotorevsky, «*Crónica de una muerte anunciada*, la escritura de un texto irreverente». *Revista Iberoamericana*. Número especial dedicado la Literatura colombiana de los últimos sesenta años con una sección dedicada a Gabriel García Márquez. Vol. I, Julio-Diciembre 1984, Núms. 128-129, 1.077-1.091.

Hasta tal punto se hace insoportable mientras estuvieron en el calabozo los hermanos Vicario que expresamente el narrador quiere hacer constancia de que «su única inquietud era la persistencia del olor. Pidieron agua abundante, jabón de monte y estropajo, y se lavaron la sangre de los brazos y la cara, y lavaron las camisas, pero no lograron descansar» (pág. 127).

El autor se extiende y profundiza en el desagradable panorama que se cierne sobre ambos hermanos Vicario: a Pedro, tras diversas desgracias «se le cerró la orina» (pág. 128), hasta el punto de que perdió el sueño y llegó a estar sin dormir once meses. «Pablo Vicario, por su parte, comió un poco de cada cosa que le llevaron, y un cuarto de hora después se desató en una colerina pestilente» (pág. 128). Tal afirmación parece dar entrada al punto más alto y central de la descripción escatológica. Nada más gráfico ni contundente que las propias palabras del narrador, que nos ahorra todo comentario: «... Pedro Vicario estaba convencido de que habían envenenado a su hermano. «Me estaba yendo en aguas —me dijo Pablo Vicario—, y no podíamos quitarnos la idea de que eran vainas de los turcos». Hasta entonces había desbordado dos veces la letrina portátil, y el guardián de vista lo había llevado otras seis al retrete de la alcaldía. Allí lo encontró el coronel Aponte, encañonado por la guardia en el excusado sin puertas, y desaguándose con tanta fluidez que no era absurdo pensar en el veneno. Pero lo descartaron de inmediato, cuando se estableció que sólo había bebido el agua y comido el almuerzo que les mandó Pura Vicario. No obstante, el alcalde quedó tan impresionado que se llevó a los presos para su casa con una custodia especial...» (pág. 129). Mas no sólo no eran los árabes los causantes de la colerina pestilente de Pablo Vicario sino que fue precisamente la matriarca centenaria de aquellas gentes «... quien recomendó la infusión prodigiosa de las flores de pasionaria y ajeno mayor que segó la colerina de Pablo Vicario y desató el manantial florido de su gemelo» (pág. 132).

Restituidos ambos hermanos en su salud, vuelven a su ser natural y social: son capaces de conciliar el sueño sin remordimientos, no sienten necesidad de confesarse convencidos de que no tienen de qué arrepentirse por creerse en posesión de la razón como hombres de honor al vengar el ultraje inferido a su hermana y, en consecuencia, no quisieron ser sacados del lugar de noche, de manera vergonzante... En definitiva, cada personaje había asumido su papel en la tragedia según les había marcado su propio destino, el de víctima, el de victimarios, el de los personajes que se ven atados por lazos invisibles y asisten pasivos al desarrollo de los acontecimientos cuyo desenlace prevén, mas no pueden intervenir en su proceso, paralizados por una fuerza superior... de modo que, en realidad, sucede lo que tenía que suceder inevitablemente, concluyen que la única víctima ha sido el esposo burlado a su pesar, Bayardo San Román. Añade el narrador: «Suponían que los otros protagonistas de la tragedia habían cumplido con dignidad, y hasta con cierta grandeza, la parte de favor que la vida les tenía señalada. Santiago Nasar había expiado la injuria, los hermanos Vicario habían probado su condición de hombres, y la hermana burlada estaba otra vez en posesión de su honor. El único que lo había perdido todo era Bayardo San Román. «El pobre Bayardo», como se le recordó durante años» (pág. 134).

Consciente el autor de los ingredientes que incrusta en su obra hace decir irónicamente al narrador: «... me resistía a admitir que la vida terminara por parecerse tanto a la literatura» (pág. 142).

Bajo un manto general de irreverencia, desmesura e ironía diluida, aparecen los clásicos puntales de la acción trágica: «las numerosas casualidades encadenadas que habían hecho posible el absurdo» (pág. 154), las inhibiciones, el punto de horror, la venganza inevitable, los sentimientos de culpabilidad, los prejuicios de todo orden, el erotismo como consolación del

hastío de la vida, la virginidad como mayor virtud, la actitud del hombre frente a la muerte, lo ineluctable de las acciones, los presagios, la incomprendibilidad de lo evidente, la simultaneidad de los acontecimientos vistos como superpuestos a pesar de los distintos tiempos en que se produce cada uno de ellos, la fatalidad que liga a las personas y cosas de modo irreparable para con su fin funesto... y todo ello envuelto en una atmósfera onírica en la que aparece «Santiago Nasar empapado de sangre llevando en las manos el racimo de sus entrañas» (pág. 192), como si fuera una ofrenda.

Y, por fin y último, la frase rotunda y desmitificadora, por si todavía quedaba alguna duda, irreverente y a ras de tierra que cierra aquella pavorosa visión: «Lo que nunca pude olvidar fue el terrible olor a mierda» (pág. 192). Esta sensación prevalece finalmente sobre la descripción de la muerte trágica de Santiago Nasar, vista y narrada, después del tiempo transcurrido desde su acaecimiento y a través de tantos personajes con sus circunstancias particulares como vertida por el ojo de un caleidoscopio, lo que imprime a la narración un movimiento constante, y lleva al espíritu del lector la viveza de la inseguridad y del absurdo. Así, esta última aparición de Santiago Nasar herido de muerte sosteniendo su propio paquete intestinal y expandiendo el olor desagradable que planea sobre él, según la apreciación del personaje Poncho Lanao, es referido, por el contrario, por la hija de éste poco menos que como una visión angélica: «... contó que Santiago Nasar caminaba con la prestancia de siempre, midiendo bien los pasos, y que su rostro de sarraceno con los rizos alborotados estaba más bello que nunca. Al pasar frente a la mesa les sonrió...» (pág. 192). Estas particulares maneras de ver e interpretar cada uno la misma cosa, acción, persona, además, le confieren a esas mismas cosas, acciones, personas, ademanes, etc., un contrapunto, un enfoque muy distinto y variado, unas veces de realce y otras, muy contrario, que llegan a lo absurdo, chocante e incluso al humor negro. Así, continuando la descripción de esta última escena, en la que Santiago Nasar busca el refugio y amparo de su casa como el animal herido de muerte busca su cubil, un personaje exclama:

—Santiago, hijo —le gritó— ¡qué te pasa!

Santiago Nasar la reconoció.

—Que me mataron, niña Wene —dijo (pág. 192).

La frase queda a medio camino de los tradicionales relatos orales, y de la respuesta irónica y surrealista.

Finalmente, herido como iba, Santiago Nasar tropieza, cae y se incorpora de inmediato. Y este mismo personaje que recuerda el hecho con memoria que eleva a Santiago Nasar a poco menos que un héroe legendario, apostilla: «Hasta tuvo el cuidado de sacudir con la mano la tierra que le quedó en las tripas...» (pág. 193). Si por un instante nos imagináramos esta escena puesta sobre el escenario de un teatro, el espectador no podría por menos de experimentar cuando menos, asombro, se sentiría desorientado y tal vez rompiera en una carcajada ante lo inaudito de la acción, que choca con la grandeza trágica tradicional, y no digamos nada si sobre ese ambiente trágico por un momento se hiciera presente entre los espectadores un desagradable olor a mierda. El sentido de burla, de parodia, alcanzaría límites insospechados. Tal como se nos presenta el relato, sobre el tronco trágico y absurdo presidido por la fatalidad, el injerto paródico e irreverente alcanza su punto central con lo escatológico, dejando a ras de tierra la grandeza trágica.

3. Apenas transcurridos unos meses de la aparición de la obra de A.Z.V., decíamos: «En *Mesa, sobremesa* la PALABRA es reina. Domina al personaje, a la anécdota, al tiempo, a la

acción...»⁶. Hasta tal punto invade todo y se sobrepone a todo que se corre el peligro de que los demás motivos, temas, asuntos... queden olvidados, ocultos, o, al menos difuminados. El general e intenso varapalo que aplica a la sociedad no tiene descanso. La sociedad que nos pinta A.Z.V. en todos y cada uno de sus individuos es un cuerpo en descomposición que alcanza su punto más alto en la descripción de la enfermedad y muerte del suegro de Rosenda, que de manera gráfica describe el autor en la parte central de su obra con la repajolera gracia que le es característica. Lo material y corpóreo no es más que un trasunto de los males espirituales, morales, políticos y de otros órdenes similares que aquejan a la sociedad española. Diseminados aquí y allá, a lo largo del libro, hay destellos de lo escatológico y sucio como apuntes que recoge el habla en su expresión habitual aplicada a la circunstancia concreta que interesa apuntar de manera punzante a A.Z.V.: «... habrá que usar como abono o como mecha la literatura meapilas, pero también destinaremos a Alberti a ser leído en el retrete, entre esfuerzo y esfuerzo, y con una respetable artillería de salvas de ordenanza...» (pág. 109); «... mira tú, Marijose, que, si por esos misterios de la ley inmobiliaria nos sentamos a la vez, a la mismita hora, todos los inquilinos en el retrete, los dieciocho pisos, el mismo libro,...» (pág. 110); «Esas palabras, en su boca, significan tan sólo la intimidad de la engañifa, del soborno, de su desprecio a toda dignidad. Recuerdan la consagración, de por vida, de las fiestas en que el clan se reparte dividendos o prebendas. Mierda, os digo que todo es mierda, tanto para unos como para otros. ¡Mierda, puritita mierda!» (pág. 112).

Estas palabras u otras similares aparecen en frases de muy vario registro sobreabundantemente formando parte de la exuberancia léxica general, que puede ir desde la expresión grosera y soez hasta el aticismo exquisito. En nuestro papel de comentarista, no podemos sumarnos al parecer de ese personaje de la *Carta-prólogo* de A.Z.V.: «Bueno, dispéñeme usted, no puedo reproducir lo que me han dicho. Qué mal hablado es nuestro pueblo, oiga» (pág. 13). Por el contrario, es nuestra obligación repetir literalmente aquellas palabras que tomamos de la obra que nos ocupa, en el tema que tratamos de desarrollar. Y así, junto a lo arriba mencionado, tenemos que añadir algunos términos más que contribuyen a formar esa especie de ambiente general de la obra en que la enfermedad y muerte del suegro de Rosenda alcanza su cenit. Por ejemplo: «... sus pieles, sus joyas, sus relojes despampanantes, comprados en Canarias o en París o en la puñetera mierda,...» (pág. 25); «... yo soy un cobardón, pero debería mandarle a la puñetera mierda o a un sitio aún peor...» (pág. 54); «Vaya, ya me echó encima una buena chorrada de caldito, estos camareros, grullos de mierda...» (pág. 37); «... esos turistas de mierda,...» (pág. 56); «... y menos mal que el piso ya se acabó de pagar y que los chicos se van largando, volando solitos, menos mal, ya digo, y bien, y quizá donde vayan no tengan que aguantar tanta y tanta mierda desatada como nos tocó a nosotros,...» (pág. 60); «... es así, tiene que ser así, el granuja se hizo para medrar, cambiar de chaqueta y joder al prójimo y pasar a la Historia, y el pobretón cagaina como yo no tiene derecho más que a ir tirando...» (pág. 60); «... pero aquí estamos, todos, yo el primero y vosotros para que me aduléis, me chupéis el culo y os vayáis al pudridero, oléis ya a muerto, todos tenéis cara de forúnculo supurante, de sapos pisoteados,...» (págs. 84-85); «... no sé cómo aguanto al majadero éste, con ese dentamen que se disfruta, qué se habrá creído, le huele el aliento...» (pág. 86); «Estoy realista y deseosa de hacer una vida limpia. Nuevo todo, todo nuevo. Todo esto huele a podrido, y mucho, y hoy me huele mucho más, porque no tengo agarraderos...» (pág. 110); «... huele a cadaverina que es un

6 Emilio Nández, *La lengua del coloquio*. «Procedimientos expresivos: el diminutivo en 'Mesa, sobremesa' de Alonso Zamora Vicente». Editorial Coloquio, S.A. Madrid, 1982. Por economía de espacio, no cito ningún texto posterior, que, sin duda, están presentes en los lectores u oyentes de estas palabras.

contento...» (pág. 30); «... pues la señora de la mierda y mierda y mierda, ésa sí que es una tía cachonda, jobar, si me daban ganas de fornicarla, ya empezaba a oler todo a las sobras de su suegro...» (pág. 157). Etc., etc.

Otras muchas muestras, como las precedentes, pueden espigarse en la obra de A.Z.V., ya propiamente escatológicas, ya entreveradas con otros conceptos. Pero lo que confiere a *Mesa, sobremesa* un carácter de excepción en el tema que nos ocupa es el retrato que el personaje de Rosenda hace de su suegro, tanto por su extensión, nueve páginas, como por la exuberancia léxica y gracia y frescura descriptivas.

Si uno fuera capaz de seguir el arranque que me invade, copiaría al pie de la letra el texto de A.Z.V.: sería la mejor manera de exponer ante el lector u oyente lo escrito por el autor sin intromisión de nadie. Pero como las costumbres en uso son muy distintas, intentaré dar mi *opinión* lo mejor que pueda, siguiendo el hilo del texto, procurando ceñirme al tema que nos interesa, citando sus propias palabras y ahorrando, en lo posible, las mías.

La acción irrumpe casi con violencia:

— Dichosos los ojos que te ven, Rosenda, querida. ¿Qué veo, vas de luto?

— Ay hijita, no me has visto estos últimos tiempos porque he estado apenadísima, ¿sabes? Mi suegro, hija, pobrecito, la diñó. Yo, la verdad, no le tenía ninguna simpatía, pero, al fin y al cabo, era mi suegro, y en fin, las cosas. Tú sabes, él tan roñoso, que por no soltar, ni un pedo largaba y ahora, ya ves, bien dicen que Dios castiga sin palo... (pág. 118).

Como se ve, los rasgos de lengua coloquial son los que ya hemos visto a lo largo de todo el libro, y estudiado en su día. Los términos y frases son los típicos de ese registro, con hipérbolos morfológicas (diminutivos, superlativos...) o la mera expresión vulgar de origen caló (la diñó) o comparación gráfica (por no soltar, ni un pedo largaba), amén del apoyo encontrado en las consabidas frases hechas, latiguillos, bordones, timitos, refranes... es decir, todo tipo de coloquialismos que crean esa atmósfera de confidencialidad amistosa e, incluso, intimidad, por lo que es fácil deslizarse a partir de esa bascosidad (por no soltar, ni un pedo largaba) hacia una desbordante escatología.

La incorporación de frases hechas, refranes... permite jugar en la conversación con un sinfín de sobreentendidos e interpretaciones, sugerencias que quedan en el aire para que el oyente las coja al vuelo. Así, «bien dicen que Dios castiga sin palo» juega con el «roñoso», lo *agarrado* que era, que contrasta con lo específico de su enfermedad y con el dispendio que tuvieron que hacer: «... que si se muere, que si no se muere, que médicos para allá y practicantes para acá y venga y dale, con lo caro que se ha puesto ese material, que no das abasto, les pagas a peso de oro y siempre se quedan esperando propinas...» (pág. 117).

Y presidiéndolo todo está la rechifla de la misma nuera sobre la condición religiosa y política del suegro: «... de derechas, de derechas de toda la vida, igualito que el boceras éste del homenaje. Compañeros de universidad, de mili en paz y en guerra, de empresas, de cacerías...» (pág. 116). De alguna manera, es como si Rosenda blandiera por un momento la guadaña de aquellas medievales danzas de la muerte equiparando a todos los mortales, haciéndole pagar al suegro lo intempestivo de morir, ya que «el viejo empezó a morir en navidades, que nos fundió a base de bien la escapada que nos gusta hacer a la Costa del Sol...» (pág. 116).

Y comienza el texto escatológico propiamente dicho: «Pero lo peor fue la enfermedad en sí, hija, qué enfermedad, fue algo tan oprobioso... Ya te he dicho que él, por no dar, ni siquiera se peía... Pues ahí le tienes: una cagalancia que no se paraba ni con la presa de un pantano. Y de

propi, líquida, hija, líquida... ¡La mierda, tú también! Qué va a ser lo líquido. Haz el favor de escucharme, porque la cosa ha sido horrible, y hay que hacer algo a nivel ministerial para evitar estas situaciones... Tú figúrate, nada más abrir la puerta, a pesar de las criadas, las enfermeras, el practicante, la religiosa nocturna y la tira de suplentes y de ayudantes, pues, mi madre, qué olor... Es que tiraba para atrás... Luego, en invierno, no podías ventilar la casa, porque, a ver, el aire del Guadarrama, las pulmonías, el hielo, la calefacción que fallaba por esa murga de las economías... Y el olor, el olor por todas partes, el olor que se infiltraba en las cortinas, en las alfombras, en los muebles, en las ropas... Teníamos que desinfectarnos a machamartillo, o sea, a... Y aún así... Algo horrible, pequeña, horrible. Y eso que recurrimos a todo lo divino y lo humano. [...] Nada, hijita, nada. Venga olor y más olor» (pág. 117).

Prosigue Rosenda: «Se las ponían encima, las bendiciones o bulas, o como sea, encima de la tripa... y alguna vez se le paró la diarrea. Guapa, pues bastante tiempo un cuarto de hora o cosa así. Lo que no está mal, sobre todo pensando en que no costaban nada los remedios. [...] En fin, a lo que estamos. Que la casa de mis suegros, tan palacio y todo como es... pues que olía a mierda desde tres esquinas antes de llegar, un verdadero gozo. Ya sabes, los viejos se mueren de una C: casorio, caída, cagueta. Mi suegro eligió la última, y la eligió con entusiasmo, niña, con frenesí. Chica, si vieras. Por las patitas abajo, más cascadas que en el Monasterio de Piedra. Por cierto, ahora que digo lo de la C. Fuimos con muestras de..., de... la abundancia, ¿comprendes?, en Consejo de Familia, a casa de una pitonisa muy afamada, deseosos de escuchar, por lo menos, que se acabaría pronto la escorrentía» (pág. 118). [...] «Bueno, sigo. ¿Aguantáis? Pues que el olor, os decía, iba penetrando por todas partes. En el piso de encima organizaron la evacuación militar de las familias... Mi suegra gastó los gananciales y las rentas de los apartamentos de Gandía en esencias de todos los colores, en sahumeros, papelitos perfumados, verdaderos incendios a base de romero, espliego, alcaravea, mejorana... Y que si quieres arroz, Catalina. Y es que cuando la mierda da en ser mierda...» (pág. 119).

A pesar de nuestra intención de limitar en lo posible las citas, el interés del texto nos obliga a hacer una transcripción casi literal. De esta manera tenemos, como compensación, observar el proceso del relato en un movimiento creciente de la expresión hiperbólica del mismo. Es como si el autor hubiera hecho una apuesta consigo mismo, a ver si era capaz de llevar cada situación a un grado mayor de exageración que la anterior. Esta especie de desafío interno del autor, lo vemos plasmado al final del relato cuando Rosenda dice a su amiga: «Anda, guapina, dime de qué se murió tu suegro, a ver si lo mejoras...» (pág. 124). De alguna manera, estas palabras nos recuerdan esos desafíos que se plantean los niños.

Pero prosigamos resaltando los párrafos más significativos: «Venía el médico: a perfumar antes de abrir la puerta, lo que no impedía que tuviera arcadas al entrar... Venía el practicante de la intravenosa: a perfumar, a preparar pañuelos especiales, no fuera a desmayarse durante el pinchazo... A duras penas conseguimos una palurda de Manganeses de la Polvorosa... que le taponaba las narices al practicante mientras entraba el anti... Yo no sé si podría siquiera pinchar en aquella inundación de color canela, a ratos verde, todos esperando, la ciencia la primera, que diera el petardazo final. Menos mal, fue una gran suerte, que, ya al final, los últimos días, tres, cuatro, lo hacía sin ruido alguno, así, sssiiiiiiiiiiiiiiiiiiii, un susurro casi vegetal, y nosotros, ¡hala!, a cambiar la ropa. La Clotilde, el ama de llaves de siempre, se empeñó en meterle en una funda de plástico, pero hubo que desistir, porque, mi hijita, rebosaba. Tuvimos un altercado con los pocos vecinos que persistían en la casa, porque la Clotilde tiró la funda por el retrete, y el atasco fue de órdago la grande. No te digo más, hubo que llamar a los bomberos, y, la verdad, fue poco, que habría hecho falta una legión de salvamento de naufragos. Sí, claro, de acuerdo, la Clotilde, una bestia sin domar. Punto. Pero

la mierda, salía por el recibidor adelante, y ya no era solamente la casera, sino la del atasco. Y los fontaneros, de verbena. Con decirte que se puso hecho una lástima el uniforme de maestrante, que se lo tenían recién planchadito para la mortaja, o sea, vamos, que ni la (pág. 120) naftalina ni la historia pudieron con la avalancha de caca, vaya por Dios, y es que, deduzco yo, hay olores y olores, unos que prosperan y otros que se achican, o sea, de otra manera, buenos y malos, igualito que en la política» (págs. 120-121).

Una vez revisado el cincuenta por ciento del relato escatológico de *Mesa, sobremesa*, podemos hacer algunas observaciones. En primer lugar, podemos afirmar que nos hallamos, probablemente, ante el texto más importante de estas características de la literatura de su época, y en segundo lugar, que estamos ante uno de los mejores de todas las épocas, lo cual es debido a la habilidad que ha tenido A.Z.V. para no hacer de él un texto exento, sino que ha sabido embutirlo dentro de una narración que le va como anillo al dedo por su temática general, engarzado en una lengua coloquial que se presta a un estilo perfectamente desenfadado. Si el texto se hubiera ceñido a tratar exclusivamente lo escatológico, enseguida se habría llegado a un estado de hastío. Por el contrario, el autor ha sabido dosificar perfectamente los elementos coloquiales y anecdóticos suficientes como para dar variedad al relato y no causar enfado alguno al lector. Y no sólo por esos coloquialismos, a los que ya nos hemos referido, sino por esas digresiones con respecto al tema central, algunas señaladas en las citas, como la queja de Rosenda por lo intempestivo del momento en que se declaró la enfermedad de su suegro, que les impidió pasar «una semanita en Benalmádena, con sus burritos y su cine...» (pág. 116). Esas digresiones constituyen el trasmundo del autor, son reflejo de las vivencias del hombre Alonso Zamora Vicente pasadas por el alambique del niño, luego universitario y, más tarde, profesor, y académico, y todo... con luces y sombras, con zancadillas, y fríos, sinsabores, pero también alegrías, las domésticas y las de fuera... en fin, con las cosas que nos da la vida.

Por eso, cuando en el relato el autor se ve asaltado por un recuerdo, un pensamiento que amenaza la línea del discurso, como en las últimas palabras de la cita última: «... buenos y malos, igualito que en la política», su amiga y confidente, invisible para el lector pero presente al autor, hace exclamar a éste, obligándole a seguir: «Ya voy, niña, ya voy, no me atosigues. Si ya encentada la torta, claro que te lo contaré todo. ¡Hombre tú, submarinista!... Nunca nos llegó por encima de las canillas. Tampoco hay que exagerar» (pág. 121).

La mayor parte del texto del libro está dividido en dos discursos, uno superpuesto al otro, que guardan una andadura paralela, pero no en este relato escatológico, el cual, sin participar en aquel tipo de estructuras requiere por parte del lector un ejercicio más subido de interpretación para adivinar el papel de la relatora y, sobre todo, el de su confidente, no así el de ésta, que hay que interpretarlo a través de las palabras de la misma Rosenda.

Continúa el texto: «Tuvimos trances pésimos, figúrate tú, los niños, que andaban a la gresca por los pasillos, se echaban unos a otros la culpa del mal olor, y se acusaban, y venga lloriqueos y bofetadas: «Yo no he sido. Yo no he sido». «Has sido tú». «Mamá, la niña hace porquerías», y así, y así, y así». (pág. 121). He aquí una muestra de esta intromisión de circunstancias concomitantes en el relato propiamente escatológico, que tanto contribuyen a dar verosimilitud y frescura al mismo.

De lo que acabamos de decir, son ejemplos magníficos los siguientes: «La enfermera Petronila... tuvo varios desmayos, o sea, soponcios, y hasta algún que otro delirio, y escribió a *Selecciones* proponiendo un artículo para divulgar el uso del abono químico-orgánico de las abundantes remesas. No dejó de ser una desvergüenza, que la familia, tú comprenderás, tiene sus derechos sobre la materia en litigio, ¿o no? Suponte, por un momento, que los americanos, unos avispados, deciden explotar la idea, ¿eh?» (pág. 121). La desmesura es de tal calibre que

sólo podría encontrarse equivalencias en comparaciones, metáforas o despropósitos en un Rabelais o un Cervantes.

Seguimos: «Pues ya ves, así las cosas, al borde de la locura casi todos, el viejales pidió leer la cotización de la Bolsa, y hubo que bajar a toda prisa a buscar periódicos para él, apostita, a ver, los de casa estaban ya agotados en el menester higiénico. Y leyó solamente en periódicos de derechas...» (pág. 121). Dentro de esta tónica general de exageración novedosa y llamativa del fenómeno excrementicio, el relato crece entreverado de datos que dibujan a los personajes y a la sociedad toda: la preocupación del enfermo por el dinero, su avaricia («se armó una pelotera de Dios es Cristo cuando se enteró de que tiraron la funda de plástico en vez de aprovecharla...» (pág. 121)), la crítica de las ideas políticas y religiosas, las creencias en milagrerías a pesar de lo ligero de lengua que es el enfermo, las costumbres de hacer compras en Canarias u otros lugares habituales en aquella época... Tras estas aparentes digresiones, el relato vuelve a su cauce principal, lo escatológico: «Bueno, pues, como te decía, que el berrinche, enormísimo, fue por nada: una cotización que no le gustó, nada, una pequeñez. Como te lo cuento. Después, para calmarse, pidió un flan. No se lo queríamos dar, pero mi suegra, que es una pánfila: «¡Pobrecito, dárselo, si lo va echar dentro de un instante, ya lo veréis! Anda, Rosendita, espabila, tráele a papito un flanecito chiquitito, bien dulcecito, doradito, tibiecito, como le gusta a él, a mi Guillermito, pobrecito, que está delicadito...» Sí, mi amor, mi suegra es así de finita ella, tú qué te has creído... Así, se escribe la historia, vaya. Él no va a rastras: le contestó con igual diapasón: «Pero tú, Pili, qué coñito estás hablando ahí, que parece que...» Permíteme que no lo repita, chica» (pág. 122).

Sin duda este es, probablemente, el momento más subido del relato, o uno de los momentos estelares. La ponderación echa mano, en primer lugar, de un superlativo (enormísimo), y, luego se supera con la mayor acumulación de diminutivos de toda la obra. Viene a tensar más el arco la genial ocurrencia de la «pánfila» esposa, proponiendo dar «a papito un flanecito chiquitito, bien dulcecito, doradito, tibiecito,» etc. La respuesta del enfermo, en posesión de todo un geniazo de casta, está a la altura de las circunstancias: «Pero tú, Pili, qué coñito estás hablando ahí...»

El temple y mal carácter del enfermo sigue acentuándose: «Y el viejo amenazando a cada paso con levantarse y hacerse lo suyo encima de todos nosotros. Sí, sí, tú riéte, ya, es muy fácil. El mediquín del seguro dijo, desde la puerta, claro, ya no se atrevía a entrar, por el olor dictaminaba cómo iba la evolución, etcéteraetcétera, dijo que esperaba que muy prontito el abuelo echase las inmundicias por la boca, pero ya bien hechas, con su forma, o sea, no tan líquidas. Pero, naturaca, se columpió. El médico propone y el viejales dispone. Nada de eso. Seguimos con el riachuelo sin estiaje, como decía mi marido. En cambio, tendríais que haber oído al enfermo: que si le iba a poner él en persona al galeno las almorranas en los morros, que si se pensaba el matasanos aquél que no iba a saber a su edad para qué servía cada cosa, los hocicos como hocicos y el culo como tal culo, y que tal y tal y tal... ¡Qué granizada de palabrotas, niña! La portera oyó los juramentos y, por aquello de la enemistad política, lo fue contando a todo bicho viviente, con lo que la fama de santurrón y comedido que aureolaba al papi no veas cómo se ha disuelto. Ni un azucarillo» (págs. 122-123).

Si en el episodio del flan tenemos el momento más cómico e hilarante, en la intervención del mediquín del seguro —cosa que no nos parece gratuita— asistimos a la descripción más dura y realista y, por tanto más desagradable: «... dijo que esperaba que muy prontito el abuelo echase las inmundicias por la boca, pero ya bien hechas, con su forma...» (pág. 123).

Afortunadamente para el relato no abundan las frases de este tipo, y el texto tiene un nivel más jocoso y chispeante, y no cae, realmente, ni en lo procaz ni en lo grosero. Cuando podría correrse el riesgo de caer en la insistencia en descripciones subidas de tono en ese sentido, las

digresiones tienden puentes hacia donde se dirige la atención del lector, y nos enteramos de la vida y milagros del personaje, mediante la intervención y palabras de los otros personajes. En esta ocasión, las palabrotas y juramentos del enfermo son transmitidos por la portera (personaje tópico para trasladar todo tipo de cuentos y rumores) a todo bicho viviente, echando así por tierra su fama de santurrón y comedido.

En el ambiente familiar que se respiraba en el hogar, Rosenda encontró un pretexto para alejarse de la casa con motivo del homenaje-comida ofrecido al amigo de su suegro. Pero la situación la tiene dominada, y Rosenda prosigue en su narración: «Amiga mía, venga caca y caca y caca, de todos los colores, siempre pareciéndose a algo, que si a las medicinas de la noche anterior, que si a la miel, que si a la pared de enfrente, recién revocada y con anuncios luminosos y todo... Tres meses seguiditos, a quien se lo digas... La verdad, tanta mierda y nunca parecía mierda, o procurábamos que no lo pareciera, sobre todo cuando llegaban las visitas, tanto y tanto señorón y jerarca emperejiladito, y tanta y tanta beatona camandulera, todos rezando con los bombos fruncidos, pidiéndole a Dios un tránsito feliz, todos invocando el olor de santidad y patatín patatán» (pág. 123).

En nuestra opinión estas últimas palabras encierran la metáfora continuada de todo el relato: el ser de las cosas encubierto por el parecer y el querer parecer o aparentar las cosas. Una sociedad de posguerra, de vencedores y vencidos, de privaciones para unos y privilegios para otros, de tantos y tantos sufrimientos, de hipocresías sin cuento... todo ello encerrado con desparpajo y gracia en unas cuantas páginas que hablan de la descomposición física de un hombre que, por sí mismo, y, por los que le rodean es cifra y compendio de dicha sociedad: «La verdad, tanta mierda y nunca parecía mierda, o procurábamos que no lo pareciera, sobre todo cuando llegaban las visitas, tanto y tanto señorón y jerarca emperejiladito, y tanta y tanta beatona camandulera, todos rezando con los bombos fruncidos, pidiéndole a Dios un tránsito feliz, todos invocando el olor de santidad y patatín patatán» (pág. 123).

Y como traca final que suena casi a sacrilegio, la actuación del forense «en el palacio de mi suegro, que es casi monumento nacional... Pues apareció, se sentó en la barriga del cadáver y apretó muchas veces y mucho, y al ver que no le salía nada, es decir, más caca, a ver dónde, dijo, encendiendo el pitillo que creo yo que no era la seriedad que un muerto debe imponer, ¿no?... Pues dijo: «Se acabó. ¡Está muerto! ¡Pobre, ya no tiene nada que hacer!» Y se marchó silbando. ¿Creéis que lo dijo con segundas?» (pág. 124).

El comportamiento irrespetuoso del forense viene a recordar una vez más la visión vindicativa de las viejas danzas macabras contra los fastuosos hombres de la época. La apostilla final, con su doble sentido, «ya no tiene nada que hacer», es la guinda que cierra la narración, a la que hay que considerar como un ejercicio, un desafío literario que A.Z.V. se planteó a sí mismo, como lo denuncian las palabras que Rosenda dirige a su amiga: «Anda guapina, dime de qué se murió tu suegro, a ver si lo mejoras...» (pág. 124).

En definitiva, esta actitud de juego es lo que supera la realidad excrementicia, grosera y repugnante, que arranca en un primer estadio en *Los santos inocentes* con su final dramático y justiciero con el ahorcamiento del señorito, se completa con la trágica muerte de Santiago Nasar presidida por el dilema de lo que realmente fue o no fue en la obra de García Márquez, y, por último, llega a su culmen en una visión plenamente lúdica y superadora del tema mismo y de la misma muerte, que eleva a ambos desde la pura realidad del hombre en su vertiente animal (escatología, muerte) a su realidad de ser que juega y es capaz de transfigurar lo bajo y sucio en categoría de arte⁷.

7 Cuanto digo deberá verse a la luz, en parte, de lo dicho por Dominique Laporte, *Histoire de la merde*. Christian Bourgois, Editeur, 1978 (Traducción de Nuria Pérez de Lara, PRE-TEXTOS, Valencia, 1980); *Fragments para una Historia del cuerpo humano*, Taurus. Madrid, 1990; y Johan Huizinga, *Homo ludens*, Alianza Editorial, Madrid, 1998 (Edición original, 1954).